

El Señor de La Salle

Balance verdaderamente descorazonador de la IX Semana Internacional de Cine Religioso y de valores humanos de Valladolid, celebrada este mismo año de 1965: solamente dos películas y, por cierto, nada excepcionales, como la norteamericana "Lirios del Valle", de Ralph Nelson, y la francesa "Muerte, ¿dónde está tu victoria?", de Herbé Bromberger, a la que se concedió el galardón en disputa, se pudieron examinar con garantías de lograrlo. Ello demuestra el poco afecto y mermado interés que este cine, tan formativo, ha merecido a las casas productoras, lo que constituye, me atrevería a decir, una verdadera injusticia contra una parte considerable del público espectador, que desearía un cine de mayor altura y contenido moral.

Por todo ello, porque es cierta esta crisis de producción del cine religioso, que en el pasado—incluso en un pasado muy próximo—reclamó asiduamente la atención y la solicitud no sólo de los productores, sino también de algunos de los más importantes artífices cinematográficos, es por lo que se nos antoja tanto más loable y digno de encomio el empeño al que se han entregado, por una parte, Eurofilms, S. A., y, por otra, el realizador argentino Luis César Amadori, al rodar "El Señor de La Salle", film que recoge la gran labor social realizada en el siglo XVIII por el fundador de las Escuelas Cristianas. Se dieron cuenta de que las grandes figuras del catolicismo ofrecen magníficos asuntos para grandes películas por sus vidas, siempre ejemplares, y por sus obras, siempre orientadas a promover el mayor bien a favor de la sociedad en la que vivían (y sin acepción de personas) y muchísimas veces creadoras de instituciones fecundísimas, grandes en la Iglesia y grandes para la Humanidad. ¿Quién ignora la obra inminente de un Loyola, de un San Vicente de Paúl, de un San Bosco?...

Pero es voz común que hay cierto peligro en llevar esas grandes figuras a las pantallas; ¿no se corre el riesgo, en efecto, de desfiguradas, en cuyo caso todo redundaría en perjuicio de la propia religión? Es verdad; pero que nadie dude de que se pueden humanizar los santos y exponer sus vidas tal

DOS ESTILOS

como las vivieron: no dejaron de ser humanos, vivieron nuestra vida y la vivieron con nosotros; solamente que ellos la supieron vivir, a lo divino, en la realidad, aunque con apariencias humanas. Así, su santidad se reflejará en sus obras, los espectadores la apreciarán con facilidad y su paso por la vida se juzgará como la de un mensajero del cielo que Dios mandó a la tierra para trabajar por los hombres. ¿No es esto digno de salir en las pantallas para que los hombres lo vean?

Es lo que se ha pretendido hacer con el film "El Señor de La Salle". Santo de cuerpo entero, pero hombre de su tiempo que, a pesar de haber nacido en la opulencia y haber vivido en un medio ambiente aristocrático y cortesano, supo reconocer las enormes lacras de la sociedad del siglo de Luis XIV de Francia y, renunciando a todo: posición, honor, y riquezas, pretendió remediarlas en algún modo, comenzando por la base: la educación de la niñez y de la juventud, labor a la que dedicó toda su vida y para la que creó, movido por Dios, una institución de maestros religiosos que a lo largo de sus tres siglos de existencia ha sabido invadir el mundo entero con su benéfico influjo.

Juan Bautista de La Salle se nos presenta como el hombre que, con un criterio distinto y aun opuesto al que imperaba en su siglo, creó un revolucionario medio de enseñanza, levantando escuelas gratuitas, escuelas profesionales, centros de enseñanza secundaria, reformatorios, para quienes no tenían acceso a los centros de pago. Esta obra social llevada a cabo por ese gran hombre y precisamente en una época que, como la del reinado del Rey Sol, no era la más propicia para la difusión de las ideas de fraternidad y caridad evangélicas, tuvo una difusión extraordinaria, de la que, al cabo del

tiempo, son fiel reflejo los 25.000 Hermanos que continúan la labor del santo, así como la existencia de un millón y medio de alumnos en activo y de 30 millones de ex-alumnos.

Para poner bien de manifiesto todo el contenido de la vida de este prócer insigne, los empresarios no han reparado en medios:

Grandes artistas: Mel Ferrer, Marc Michel, Fernando Rey, Rivelles, Nuria Torray, Picazo...

Un verdadero alarde de medios artísticos...

Una presentación de la época bastante fiel para lograr poner de manifiesto la misión del santo y el mensaje social del que es portador.

"El saber es privilegio de todos; el pagar, sólo del que puede hacerlo." ¿Nos sorprenderá que lo hayan llamado "el aristócrata rebelde" y "el socialista del siglo 16"? Nosotros diríamos mejor: el sociólogo.

Ya no será, en el futuro, el saber, patrimonio de unos pocos ni un sacrilegio, comunicarlo a los de humilde situación social; al contrario, será un medio, al alcance de todos, de elevación posible a un nivel de vida superior; medio de elevación moral y como consecuencia un medio de mejorar su vivir cristiano.

¡Y todo eso se fraguaba a fines del siglo XVI! ¿Qué deberíamos pensar de tantas instituciones, supuestas creaciones de actualidad?

Que se lleven a los cines, sí, las vidas ejemplares de los grandes bienhechores de la humanidad; no hay peligro de que aburran; los dignificarán, contribuirán a mejorar las costumbres y darán satisfacción a muchísimos espectadores hastiados ya por la frivolidad y la falta de contenido y valor humano de tantas y tantas películas que envenenan su mentalidad.

Hermano Javier Faustino
Provincial Central Colegios La Salle

DIFERENTES

James Bond y Sísifo

En "El mito de Sísifo" Camus se preguntaba si el suicidio se infería de la creencia en lo absurdo de la vida. Y se contestaba a sí mismo al proponer como prototipo del héroe moderno a Sísifo, condenado a cargar una pesada piedra hasta la cumbre de una colina, que una vez allí rodaba cuesta abajo obligándolo a reiniciar eternamente su tarea. Para Camus, Sísifo era feliz rebelándose contra su destino.

Los creadores de James Bond también viven felices. Este año venderán objetos con la marca "007" por valor de cuarenta millones de dólares en los Estados Unidos. La manía por James Bond se ha universalizado alcanzando los países más disímiles, y lo mismo en Caracas que en Madrid o Londres causa furor el agente 007. Sean Connery cobró \$35.000 por "El Dr. No". Por su cuarta película recibirá más de un millón. En las portadas de las principales revistas norteamericanas aparece su fotografía. Los adolescentes de los Estados Unidos declaran que ellos no quieren imitar a James Bond; ellos quieren ser James Bond.

Han surgido defensores y detractores de Bond que han escrito libros completos con capítulos como "¿Odia James Bond a las mujeres?" El cine ha estilizado al personaje literario. Más de un fanático de las novelas de Fleming no aceptará la versión cinematográfica de su héroe. Los productores le contestarían que el papel soporta descripciones imposibles de filmar y que el cine ha popularizado al agente 007 como no lo hubieran logrado las propias novelas de Fleming.

Los productores, guiados por su instinto, han ofrecido lo que el público busca. El personaje de James Bond nunca ha guardado relación con el mundo real; como agente secreto sería un desastre. Los autores de novelas de detectives saben que la ficción supera a la realidad y no se limitan por los estrechos y tediosos senderos de la vida real. La monótona existencia de un espía alcanza sólo cierto patetismo con un desenlace fatal. El espía se disfraza mejor no necesitando ningún disfraz, viviendo como cualquier inocente hijo de vecino. Un James Bond de carne y hueso sería arrestado por cualquier policía de tráfico por exceso de velocidad. A James Bond lo ampara el haber sido elegido como el héroe invencible, el prototipo de los dioses —por los productores y el público—; su confianza en sí mismo se explica en las últimas escenas de cada una de sus películas.

El público no busca ninguna realidad en el agente 007. Se sorprendería si alguna mujer no se enamorase de su héroe o si éste se condujera como un detective a la antigua, que volvía sus aventuras ejercicios intelectuales donde exhibía hasta conocimientos eruditos. La mayoría del público asiste al cine como un refugio

de la realidad. ¿Para qué ver en la pantalla la misma miseria que existe en la vida real?, dicen algunos con frase expresiva. Y James Bond es un héroe tan cinematográfico como escapista e irreal. Su sabiduría reside en una comprensión animal de las mujeres. Su experiencia de la vida, en su conocimiento de hoteles lujosos y en su afición por la buena mesa y la buena bebida.

James Bond descarga su violencia autorizado por órdenes superiores. El sadismo de sus películas, donde los malvados mueren estrepitosamente, obedece a que los productores reconocen que el público disfruta de esas escenas que describen minuciosamente una golpeadura. Han desaparecido las inhibiciones. Aparentemente, la libertad sexual y el sadismo conducen a la felicidad y a la seguridad con la que tantos sueñan. En la pantalla el espectador reconoce lo que la vida le niega. Y para colmar sus sueños infantiles James Bond se pasea en un maravilloso mundo de artefactos mecánicos, con los que derrota a sus adversarios: el automóvil deportivo provisto de un asiento que lanza a su ocupante por los aires, unas ametralladoras que brotan de su parte trasera y unas afiladas cuchillas que destrozan a los otros automóviles. Al público le encantan esos ingeniosos dispositivos como los artículos que describen la cómoda vida del hombre futuro. La ciencia moderna reemplaza a la varita mágica de los cuentos infantiles, sólo que la moraleja ha cambiado: Cenicienta no encuentra su príncipe, vive ahora en concubinato con el héroe.

Semejante personaje no se toma absolutamente en serio. El aspecto de farsa cómica de sus películas revela la ingeniosidad de los guionistas y productores. En pocas ocasiones se han fotografiado escenas tan absurdas y divertidas como con las películas de James Bond. Vistas como farsas, son divertidas y refrescantes "El Dr. No", "Desde Rusia con amor" y "Goldfinger", pero, como ocurre hasta en las más inocentes tiras cómicas, existen unos valores —o una falta de valores— detrás del personaje. Se ha señalado que "El fantasma" y "Superman" son dos héroes del racismo, como James Bond del snobismo y la vida burguesa.

Pero ¿quién arroja la primera piedra? ¿A cuántos espectadores les gustaría ser James Bond? Vivir rodeados de mortíferos juguetes mecánicos, en lujosos hoteles, autorizados para eliminar cualquier estorbo, poseedores de una juventud y un vigor sexual que vuelven una ilusión la muerte, la miseria y la vejez. En otra época James Bond sería un fascista en ciernes. Hoy el mundo se ha vuelto peligroso y su furia sólo la dirige contra esa extraña organización secreta sin identificar. El agente 007 se contenta con ser un play-boy absurdo.

El héroe de Albert Camus vivía en un mundo desprovisto de justificación. Podíamos rechazarlo reconociendo la grandeza de su creador. Sísifo, sin responder a las preguntas del hombre contemporáneo, nos inspiraba respeto por la actitud moral de Albert Camus. Disentíamos de los argumentos de Camus reconociendo su honestidad. James Bond, en cambio, atrae como el semental que vive rodeado de un espléndido harén. Su existencia divertida y azarosa sería magnífica si no fuera absurda. Un semental, en medio de sus distracciones y aventuras, carece de la condición humana.

FAUSTO MASÓ